

## Son tantas cosas un río.

Por Antonio Pérez Henares

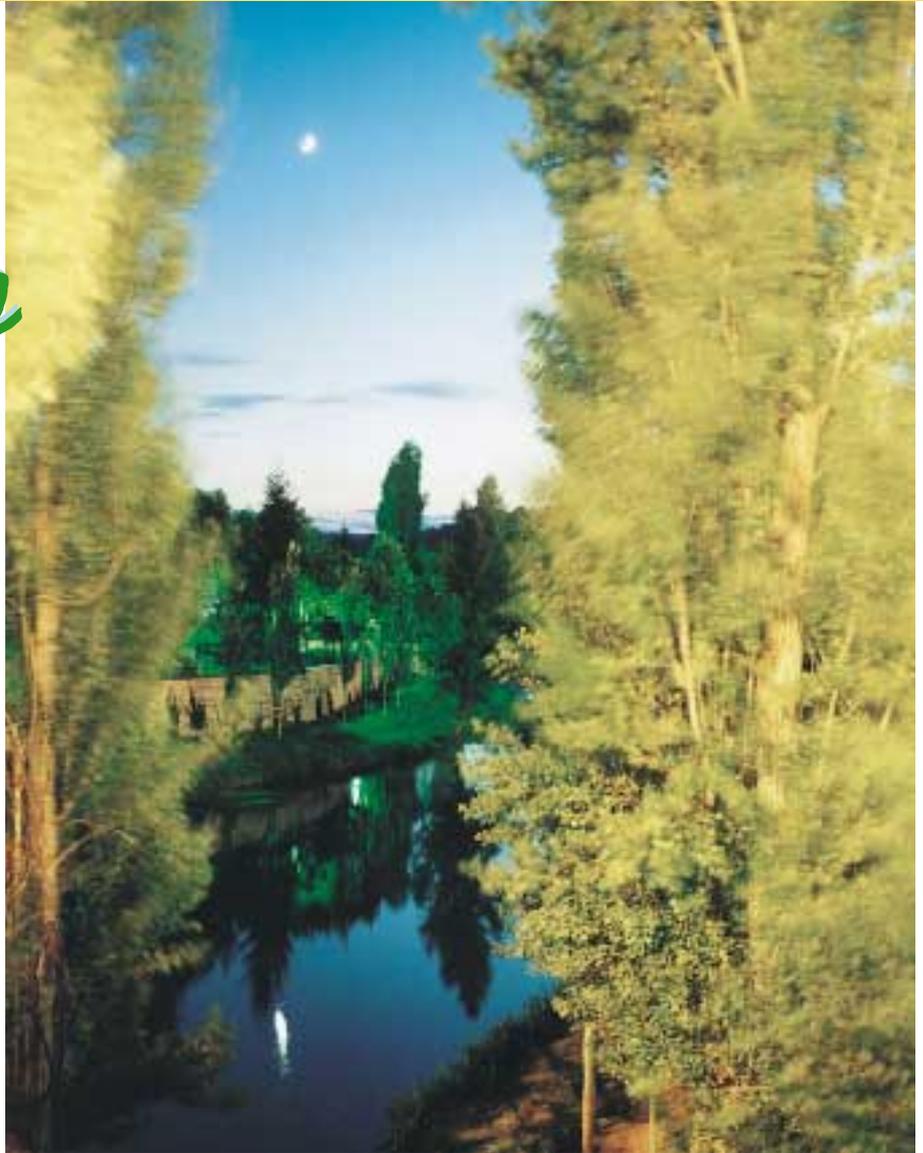


Foto: S. G. Muñoz

**¡S**on tantas cosas un río!  
Es agua, pero también cauce, piedra, arena.  
¿Y no es también larva, insecto mínimo, gusano en canutillo, mosca volandera, trucha en la corriente, barbo en la chorrera, rana en zambullida? Es hoja, corteza, rama, pelusa, semilla. Es remolino, remanso, torbellino, poza, balsa. Es rumor, presa, vado, silencio, quietud, landa, arboleda, álamo, fresno, zarzal, mimbrera. Juncales es.

Pájaros, peces, cieno es, y es reflejos, amaneceres, sombras, cielos, tardes, lunas, puentes, piedras. El sereno es. Cortados, orillas, solapas, carrizales, atolas, aneas, cuevas, regueras, acequias y es escarpadura y barro, llanada y monte, prado y ladera,

anchura angostura. Y es, también, libélula. ¡Son tantas cosas un río!

Tenemos los hombres de los llanos, de las tierras de pan llevar, de los cielos sin nubes, la fascinación del río. Sentimos que ahí está el origen. No me hizo falta leerlo en un filósofo ni la demostración de un biólogo evolutivo. A mí me lo dijo de niño el tío Felipe a las orillas del Henares: “el agua es vida”. Atardecía sobre el humilde río alcarreño de mi infancia, al que con el tiempo le pedí prestado hasta el apellido, y nos quedamos ambos ensimismados en el lento y sereno discurrir de su corriente en un intenso silencio aún agrandado por el rebullir de los pájaros que venían a dormir en los carrizos, por el boqueo de los pequeños peces dibujando círculos en

la superficie y por el chupar de los grandes barbos en los tapices ondulantes de la ova.

Ese es mi río, y todo hombre ha de tener el suyo como se tiene el valle propio en el corazón por encima de todos los valles del mundo. Presentido siempre en la frente en las distancias, con sus choperas, como una serpiente verde, amparándole el recorrido y ocultando, cuando deben, la miseria de sus aguas manchadas de arcilla. Mi río esta en el apellido, esta en todo lo que he escrito y hasta en lo que he querido imaginar en el mundo mítico de la prehistoria, como el Arcilloso de los clanes de "Nublares".

A él viene a dar el otro, tan distinto y tan hermoso, con sus aguas claras, sus fondos verdosos y sus truchas rubias, el Bornova, que un día glorioso pude contemplar tapizado de florecillas blancas y cuyas laderas de pizarra he visto hace bien poco cálidamente nevadas por el estallido primaveral de los jarales. Las lamias habitan ese río que viene de la sierra norte y la pizarra, que sabe de profundos cortaderos, de estrechos pasos y del pasar del lobo que ha vuelto a criar en sus escarpaduras sus camadas. Es mi "Río de la Lamia", la novela más veces escrita y más veces soñada, publicada pero aún no concluida. Es el río dónde por las tierras de Hiendelaencina los hombres se afanaron buscando con pasión y ansiedad la plata, sin saber que esas vetas eran en realidad las hebras perdidas de la cabellera de una lamia que en su esfuerzo por llevar a su amante de las anchas llanuras, donde la vista se lanza contra el horizonte y no regresa, a su hogar junto al Henares, las dejó prendidas en los desfiladeros con que se vio obligada a romper las montañas para que su amante volviera a tener en su piel la caricia de los atardeceres y de los soles de los llanos. Aún puede verse el encuentro y este es uno de los momentos más hermosos para contemplarlo, asomándose desde Miralrío o desde el cerro perfecto del castillo de Jadraque, al valle donde Henares y Bornova se funden. A lo lejos las montañas presididas por el



Foto: Roberto Anguita (Naturmedia)

Ocejón, en semicírculo lejano y protector, aún tenían hace poco el contrapunto de la nieve contra el azul de la distancia.

Algo más arriba ha entregado también su alma al fluir común, otro río humilde, estos ríos míos siempre lo son y en ello esta su mejor gala. Es el Dulce, que atesora en sus verticales desfiladeros coronados por el buitre leonado, defendidos por halcones peregrinos y paseados por esquivos corzos, desde Pelegrina a Aragosa, un paisaje que cautivó a las cámaras de Félix Rodríguez de la Fuente y está en la memoria sentimental y ecológica de todos los españoles. Vayan a él, pero a cambio de contarles que el castillo aquel que verán en Pelegrina fue el último tomado por los almorávides en

su terrible contraataque que amenazó a principios del siglo XII con dar al traste con media Reconquista; les pido que lo caminen, de subida o bajada, a pie y sin mucha prisa. El río se lo agradecerá y sabrá pagárselo. Es Dulce, no lo olviden.

Y todos estos mis ríos, y el Sorbe, que viene de Valverde de los Arroyos y de Despeñalagua, que también lo es y escrito en mi interior lo llevo, acaban primero en el Jarama que también es paisano y claro, aunque luego se haga madrileño, y al fin y a la postre en el padre Tajo, en el gran río hundido, en el gran sueño de agua que atraviesa la Península, destino de todas las corrientes y frontera de todas las leyendas. Habrá que contarle pero su cauce necesita espacio y otro día. □